

CAPITULO CXXI.

Portugal.—Situación de este reino al advenimiento del rey D. Sebastian.—Carácter de este.—Propósito que formó para pelear con los infieles de África.—Pide ayuda á Felipe II.—Entrevista de ambos monarcas en Guadalupe.

Dos meses antes de la desgraciada muerte de D. Juan de Austria había tenido lugar en Portugal un acontecimiento, respecto al cual nos vemos precisados á dar algunos antecedentes por la gran importancia que tuvo para España.

A grande altura había llegado aquella nación, provincia en otro tiempo de la monarquía castellana, aun cuando siempre formando parte de la península Ibérica, altura hija de la sábia y prudente administración de varios de sus monarcas, y de las notables dotes de muchos de sus hijos.

Atrevidos y emprendedores los portugueses, con sus descubrimientos de los siglos XV y XVI, con sus gloriosas empresas de África y de Asia habíanse adquirido ricas y extensas posesiones en el Océano Oriental, siendo tenidos, merced á esto, en gran consideración por todas las demás naciones.

Desde pequeño estado feudatario habíase elevado á reino independiente, y de tal modo fue creciendo, que á todas admiraba la importancia que en tan breve espacio adquiriera.

Uno de los mejores reyes que Portugal había tenido fue don Juan III, quien dejó por heredero de su corona á su nieto D. Sebastian, niño de tres años cuando aquel falleció.

Dadas á perturbaciones y á ocasionar grandes perjuicios á los reinos suelen ser las menorías, pero la de D. Sebastian, si no atrajo mayores adelantos á su país, tampoco le fue tan desastrosa como todas las que hemos tenido que registrar en el curso de nuestra historia.

Confiada la regencia del reino, primeramente, á su abuela la reina D.^a Catalina, y mas tarde á su tío el cardenal D. Enrique, trataron solo de sostener su administración lo mas conforme á los intereses generales del reino que les fuera posible, y educar al futuro Monarca de un modo que correspondiera á la grandeza y á los hechos de los antepasados.

Desde sus primeros años mostróse ya D. Sebastian resuelto y de ánimo levantado, y estas disposiciones aumentaron cuando salió de la tutoría, relleándose en sus actos y en sus deseos la educación semimonástica que había recibido de los padres Jesuitas, que por entonces ejercían una gran influencia en el palacio real de Lisboa.

Exaltado su espíritu caballeresco por las religiosas exhortaciones y por las máximas de su confesor el P. Luis de la Cámara, su única aspiración, como él decía, era la de ser el capitán de Cristo.

Tan diestro para regir un corcel, como fuerte para manejar las armas y soportar las rudas fatigas del combate, dió muestras en la costa de Berbería de su valor.

Pero no estaba satisfecho con esto; anhelaba empresas de mayor importancia, y manifestó definitivamente su propósito de marchar á la India, tanto para descubrir nuevas regiones, cuanto para convertir infieles.

Semejante resolución, no la mas encaminada á tranquilizar sus reinos, causó no poca inquietud, y tratóse de disuadirle, tanto con el peligro que personalmente podía correr, cuanto con el riesgo que amenazaba á sus propios estados.

Mas no era D. Sebastian de aquellos que fácilmente ceden del empeño que se han propuesto, y menester fue para hacerle desistir de él proponerle una empresa contra los moros de África, en la cual pudiese, tanto emplear su valor, cuanto satisfacer su religioso anhelo.

Aceptó el cambio, y con aquella perseverancia y aquel empeño que en sus propósitos ponía, trató inmediatamente de llevarla á cabo.

Precisamente en aquellos momentos un incidente inesperado vino á exaltar doblemente al Monarca portugués, que parece que cuando ha de realizarse una catástrofe, agloméranse los incidentes de tal modo, que la facilitan en vez de evitarla.

El rey de Fez y Marruecos, Muley-Mohamet, fue despojado de sus estados por su tío Abd-el-Melik, mas conocido bajo el nombre de Muley-Muluch.

Ansioso de recuperar su trono, pidió auxilios al rey de España, pero Felipe II, prudente y cauto como siempre, no se mostró muy dispuesto á dárselos, y el infiel entonces se dirigió al rey de Portugal, quien se lo prometió, con tanto mayor entusiasmo, cuanto tan admirablemente se avenía con sus propios deseos.

Decidida ya la expedición á África, quiso D. Sebastian contar antes con su tío D. Felipe, y para este efecto envió á Madrid á D. Pedro de Alcazaba, quien llevaba además de esto el encargo de pedir al Monarca la mano de su hija mayor, y una entrevista con el Monarca en el lugar que este designase.

Felipe á su vez envió á Lisboa á D. Cristóbal de Morera (según otros, Mora), oriundo de Portugal, pero largo tiempo dedicado al servicio de Felipe II, que le había hecho su gentilhomme de boca y cámara, y encargado no pocas honrosas y arduas comisiones. La de esta vez se reducía á concertar el sitio y tiempo en que habían de realizarse las vistas de ambos monarcas, logrando al fin que se concertaran estas para el mes de setiembre, en el monasterio de Guadalupe, en Extremadura.

Trataban muchos é importantes nobles portugueses de disuadir á D. Sebastian de su temerario empeño, mas nada bastaba á con-

vencer al alucinado Monarca, que el 12 de diciembre partió de Lisboa, y á unos tres cuartos de legua antes de llegar al lugar de la cita hallóse á Felipe, que había salido en su busca, y en cuyo carruaje se encaminaron ambos al convento. Acompañaban á D. Sebastian el duque de Aveiro y D. Juan de Silva, y al rey de Castilla D. Fernando de Toledo y el marqués de Aguilar, yendo tambien con ellos D. Cristóbal de Mora, que asistió á las conferencias, que inmediatamente empezaron á celebrarse, como en calidad de internuncio entre los dos soberanos.

Quería Felipe disuadir á su sobrino de su empresa, obstinándose este en realizarla, y al fin discurrió aquel concederle su ayuda con tales condiciones, que mas habían de impedir é imposibilitar la jornada que de allanarla. Eran estas: que había de limitarse á tomar á Larache; que la expedición no había de pasar del año siguiente 1577, lo cual era dificultísimo de ejecutar; y que había de llevar á ella quince mil soldados extranjeros, en cuyo caso él le daría y costearía la tercera parte, con mas cincuenta galeras, y esto á condicion y en el caso de que la armada turca no se presentase, como se temía, en Italia.

Por lo respectivo á casamiento, le ofrecía una de sus hijas, sin designar cuál fuese, cuando tuviera la competente edad.

Fácil es comprender que no había de quedar muy satisfecho don Sebastian de las trabas impuestas á la realización de su dorado sueño, así que, á pesar de separarse cortesmente del Monarca español, á pesar de los mútuos regalos que, así ambos como los que les acompañaban, se hicieron, reinó en la despedida mucha menos cordialidad y efusión que en el recibimiento, y despues de ella, el portugués tornó á Lisboa resuelto á preparar su empresa, y el castellano tomó la vuelta de Madrid pensando los medios de disuadirle de ella.

En Lisboa aguardaban á D. Sebastian nuevas contrariedades para su proyecto; la animada pintura que de su gloria y ventajas hizo, no pudieron ofuscar á los nobles de mayor representación y autoridád, á quienes las expresó, y todos á una voz le manifestaron sus inconvenientes, y como Felipe, trataron de hacerle renunciar á él. Mas hallábase completamente obeccado el lusitano, y á las leales observaciones de los que le rodeaban «no los he llamado, contestó, para aconsejarme si he de ir ó no, porque estoy resuelto á ello de todos modos, sino para que me propongais mejor el modo de levantar gente, con lo demás necesario para la jornada.»

Con esta respuesta no hubo ya quien tratara de oponerse abiertamente á los designios de D. Sebastian, y dedicóse este á allegar los recursos necesarios para ponerlos en planta. Nada hubo á este fin que dejase de hacer: impuestos extraordinarios, de que no se exceptuó el mismo clero; alteración de la ley de la moneda; cargas nuevamente aplicadas á los judíos, todo le parecía bueno con tal que le pusiera en condiciones de llevar á cabo su proyecto.

Nada quería oír contrario á su dictámen, en vano fue que D. Antonio Acuña, hombre experimentado, le representase una y otra vez sus inconvenientes, pues él contestaba á sus observaciones, consultando á los médicos, si la edad podía haber amenguado el valor y juicio de este, y en vano fue tambien que Felipe II, persistiendo en su empeño, le enviara al duque de Medinaceli á exponerle, además de las razones que ya le tenia manifestadas, la inconveniencia de declarar la guerra á Muley-Muluch, siendo este amigo del turco, con quien el Monarca español andaba en tratos para ajustar una tregua que librase de todo peligro sus posesiones de Italia.

Nada de esto fue bastante para que el portugués desistiera de su propósito, y contestando al rey de España, que con su ayuda ó sin ella estaba resuelto á marchar á África, y sin escuchar tampoco las reflexiones que le hacían, lo mismo la reina viuda de Portugal, que el cardenal D. Enrique y los nobles de su reino, ni atender á las ventajosas proposiciones que el mismo Muley-Muluch le hizo, comenzó á reunir su ejército haciendo todos los aprestos para su expedición.

Diez y siete mil hombres llegó á reunir, de los cuales, exceptuando tres mil alemanes, seiscientos italianos, dos mil castellanos, bajo el mando de D. Alonso de Aguilar, y quinientos nobles portugueses, todo lo demás era gente allegadiza, menestrales y artesanos alistados por fuerza, y mas á propósito para ocasionar una derrota que para alcanzar una victoria.

Puesta la armada bajo el mando de D. Diego de Loma, y nombrados gobernadores del reino durante la ausencia del Monarca D. Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa; D. Pedro de Alcazaba, D. Francisco de Zea y D. Juan Mascareñas, embarcóse el rey en junio de 1578, dirigiéndose á Cádiz, donde fue espléndidamente recibido por el duque de Medinasionia.

Ocho días permaneció allí, al cabo de los cuales, dándose de nuevo á la vela, cruzó el estrecho, y enviando á D. Duarte de Meneses para que avisase á Muley-Mohamet para que estuviese prevenido, desembarcó en Arjala, perdiendo allí quince días en impropiedades consultas; dias que mientras tanto aprovechó diestramente Muley-Muluch, saliéndole al encuentro con un ejército de cuarenta mil caballos y treinta mil infantes.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 23

MUERTE DEL REY D. SEBASTIAN.

CAPITULO CXXII.

Desastrosa batalla de Alcázar-Quivir. — Consternación en Portugal. — El cardenal D. Enrique es elegido monarca. — Dificultades que opone el rey de España á sus proyectos.

«Día funestamente memorable para Portugal fue el 4 de agosto de 1378» así exclama nuestro erudito historiador Lafuente hablando de aquel en que hubo de medir sus armas la hueste portuguesa con los soldados de El Muluco, según llaman á Muley-Muluch las antiguas crónicas.

Con mas bravura que discrecion, con mas arrojo que cautela, desoyendo el parecer de sus prudentes capitanes, el que ya habia desatendido antes de salir de Lisboa las prudentes reflexiones de sus mas esclarecidos y doctos caballeros, persistió en su marcha por tierra hácia Larache, marcha dada mas bien al peligro y á la sorpresa, que no á la conveniencia y al acierto.

A los cinco dias, y cuando hacia veinte de su desembarco en Africa, fué á acampar en las llanuras de Alcázar-Quivir, en cuyo punto se reunió con el Francisco de Aldana, capitán de Felipe, que era portador de algunos regalos de este y de una carta del prudente y experimentado duque de Alba, llena de discretísimos consejos y avisos muy importantes respecto á la clase de guerra que iba á emprender.

Si dispuesto se sintió D. Sebastian á seguir aquellos consejos, no le fue posible ponerlo en práctica, puesto que al siguiente día, 3 de agosto, el ejército africano se presentó ante su vista.

Contra las seguridades del destronado Muley-Mahomet, en cuya ayuda habia ido el portugués, ni un solo soldado de los de su rival se pasó al ver su estandarte, así que mientras los infieles se regocijaron de ver el escaso número de contrarios á quien tenían que combatir y sintieron acrecer sus bríos, los cristianos, por el contrario, se vieron solos y aislados frente á aquel formidable ejército, y temieron las consecuencias de la batalla.

Muley-Muluch iba tan gravemente enfermo, que tenia necesidad de ser conducido en hombros ó en silla de mano, pero era tal la energía de su indomable espíritu, que se hacia montar á caballo, y, sostenido por dos musulmanes, recorría las filas de los suyos, arreglándoles é infundiéndoles aliento.

La sola esperanza que podia restar, tanto al destronado Xerife cuanto á sus aliados, era que muriese Muluch antes del comienzo de la batalla, produciendo su muerte la natural confusion y desconcierto.

Pero el Monarca portugués, cual si la fatalidad le impulsara, desde el instante en que vio ante sí al enemigo, ardió en mayores deseos de combatir, y sin querer atender de nuevo la opinion de los que optaban por atrincherarse perfectamente y aguardar el ataque del enemigo, ó á lo menos, teniendo en cuenta las supersticiones y costumbres de los infieles, atacarles de noche, no quiso mas que luchar lo mas pronto posible y sin precaucion de ninguna clase.

Consecuencia de esto fue el dar comienzo á la batalla en la mañana siguiente, dia 4, en muy desfavorable situacion para los cristianos, haciendo presagiar un desastroso resultado.

El choque del hierro contra el hierro, el furioso galopar de los corceles, el silbido de las flechas y de las ballestas, el inmenso alarido de los infieles y los heterogéneos gritos de los cristianos, los ayes de los heridos y los gemidos de los moribundos, la discordante algarabía de los instrumentos africanos y el agudo sonido de los clarines cristianos, resonaron por la extensa llanura, produciendo una inexplicable confusion de ruidos diversos, de sensaciones distintas, que debían impresionar penosamente el ánimo de los que en aquel trance se veían, mas por el imprudente ardor de un joven impetuoso, que por la misteriosa é incontrastable fuerza de su destino.

Pocos en número los soldados viejos; valerosos pero escasos los castellanos y aun cuando acostumbrados á vencer, los nobles portugueses, viéronse envueltos á su pesar por aquella innumerable morisma que, cebándose desapiadadamente en los pelotones de gente allegadiza y poco acostumbrada á los combates, que constituía el núcleo del ejército cristiano, al romper por todas partes su línea, llevaban la confusion y el desorden á los que habian probado su valor en cien combates y sabían denodadamente hacer cara al enemigo.

La casualidad postrera con que habia contado el Xerife Muley-Mahomet se realizó desde el principio de la batalla. Muley-Muluch falleció en los primeros momentos, pero con tanta habilidad supieron los que le rodeaban ocultar su muerte al ejército, que este siguió luchando sin sospechar siquiera que quien les habia conducido al combate habia sido el primero en sucumbir.

Los momentos supremos habian llegado; el ejército portugués estaba deshecho, cubierto de cadáveres cristianos estaba el campo, y no era posible pensar en otra cosa que en morir con la mayor honra posible.

Así lo comprendieron los nobles portugueses, y así tambien el mismo rey D. Sebastian, que desde los primeros momentos mostróse mas como valeroso soldado que como prudente monarca.

Sin dar descanso á su brazo, sustituyendo la lanza que se le quebraba con la formidable espada, y esta, al partirsele, con la pesada hacha, sin reparar en el número de enemigos, hería cuanto se le oponía á su marcha, y donde el peligro arreciaba, donde habia alguno á quien salvar ó alguno cuya muerte debia vengarse, allí estaba el joven Rey, tan invencible á la fatiga como invencible ante el enemigo.

Y agora, señor, ¿qué hemos de hacer? le preguntó D. Fernando Mascareñas al verse casi solos en medio de una muchedumbre enemiga: *Hacer lo que yo hago*, contestó el Monarca arrojándose en medio de aquel agitado mar de lanzas, cimitarras y ballestas enemigas.

Allí fue herido en el brazo izquierdo, allí perdió su caballo, mas sin cuidarse de la herida, apenas D. Jorge de Albuquerque le dió el suyo, tornó de nuevo á caer sobre sus contrarios, destrozando, hiriendo y matando cuanto hallaba por delante.

Asombro causaba al enemigo tanto valor, en términos, que un alcaide moro ofreció ponerle en salvo, pero el Monarca rehusó su oferta, y cuando al pasear su vista por el campo no vio mas que cadáveres portugueses, exclamó dirigiéndose á uno de sus caballeros: *la libertad real se ha de perder con la vida*; y efectivamente, casi solo el Rey, y antes la fuerza perdida que abatido el espíritu, tras cien nuevos prodigios de valor, el alfanje de un musulman alcanzó en el rostro, y haciéndole caer del caballo otros musulmanes, le alcanzaron nuevamente en el rostro y la garganta, único sitio que no llevaba resguardado por la armadura.

Allí pereció el valiente rey de Portugal en medio de once mil cadáveres de los suyos, cadáveres entre los que se contaba lo mas esclarecido de la nobleza portuguesa, prelados ilustres, veteranos italianos y castellanos, quedando cautivos los que pudieron salvar de aquel terrible naufragio.

El mismo Xerife, causa de aquella desdicha, pereció tambien al pasar el rio Macazin, y el cadáver del joven Monarca, que aun no contaba los veinte y cinco años, fue presentado desnudo y lleno de heridas en la cabeza y en el cuello al Xerife Muley-Amet, hermano y heredero de El Muluco, siendo reconocido por varios caballeros portugueses que, como hemos dicho, se hallaban cautivos (1).

Extraordinarios fueron el luto y la consternacion que esparcieron en Portugal las noticias recibidas de Africa.

Sin monarca el reino, sin ejército, perdida la mayor parte de la nobleza, exhausto el tesoro, y falto el país de tantos brazos como habian caído en Alcázar-Quivir, no quedaba para ponerse sobre aquel trono que quedara vacante y sin sucesion directa, mas que el cardenal D. Enrique, tío del Rey difunto, anciano septuagenario y achacoso.

Desde Eborá, donde residía, llamaronle á Lisboa, y proclamándole rey, le juraron con toda solemnidad el dia 28 de agosto de 1378.

Tan luego como Felipe II tuvo noticia de la catástrofe de Africa, catástrofe que ya habia presentado, apresuróse á enviar á Lisboa á D. Cristóbal de Mora, persona sagaz y entendida, con el encargo aparente de felicitar al nuevo Monarca, mas con el verdadero de observar y estudiar detenidamente el ánimo de los portugueses.

El rey de España comprendía que muy presto habria de suscitarse de nuevo la cuestion de sucesion, puesto que la edad de don Enrique era muy avanzada, y muchos sus achaques, y como habia algunos pretendientes, de igual modo que en el siglo XV los habia para el trono de Aragon, vacante por la muerte del rey D. Martin, creyó prudente tomar sus precauciones.

En Portugal habia un gran partido en favor del rey de España, mas tambien la duquesa de Braganza, sobrina de D. Enrique, tenia sus partidarios, inclinándose en favor de esta la voluntad de su tío, que no era muy amigo de D. Felipe.

Los partidarios de la Duquesa inspiraron al Rey la idea para salvar las dificultades que la sucesion podia ocasionar, que impetrase licencia de Roma para contraer matrimonio, y ver si por este medio quedaba asegurada la sucesion legitima y directa.

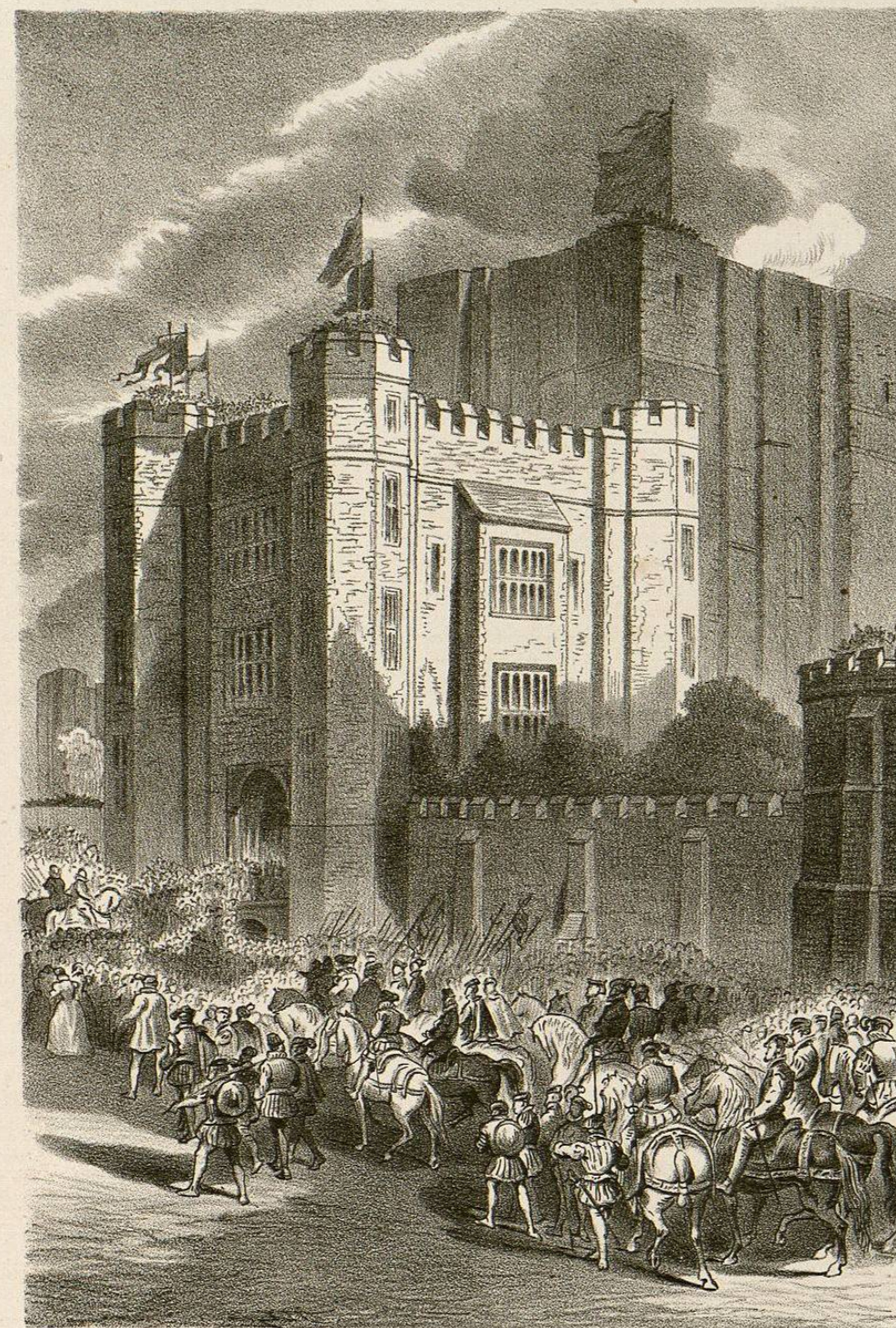
A pesar de su edad y á pesar de estar enfermo de tisis, entusiasmóse el septuagenario Monarca con semejante proyecto, y sus embajadores en Roma instaron obstinadamente para obtener la dispensa apetecida.

D. Cristóbal de Mora notició á su vez á Felipe todo cuanto ocurría, y comprendiendo este lo importante que era desbaratar aquel plan, propúsose que en Roma se denegase la demanda del portugués, para cuyo efecto envió instruccion tras de instruccion á su embajador en la corte pontificia, que lo era á la sazón D. Juan de Zúñiga, mandando tambien al mismo tiempo á Lisboa al dominico Fr. Hernando Castillo, para que viera de disuadir de su propósito al anciano Monarca.

Grande fue el enojo que sintió el rey de Portugal contra el monarca de España, cuando el dominico Castillo en la audiencia que obtuvo, le hizo razonadas amonestaciones para disuadirle de su matrimonial proyecto, dándole orden de que volviese cuanto antes á su país.

Felipe, enterado de cuanto ocurría en Lisboa por su diestro agente Mora, queriendo ganarse afectos, negoció con el nuevo rey de Fez el rescate de los cautivos portugueses, ordenando á la par que se apercebiesen las galeras de Italia y levantando gente en Castilla.

(1) El cuerpo de D. Sebastian fue enterrado en Alcázar hasta que, pocos meses después, fue entregado al gobernador portugués de Ceuta, no queriendo el Xerife aceptar cantidad alguna por su rescate. Los demás cautivos fueron rescatados mas tarde con el dinero del rey D. Felipe II, siendo su negociador en este asunto D. Pedro Venegas.



ENTRADA DEL PRIOR DE CRATO EN LISBOA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.